


CA

PH

TU

10

2



**C**orre de Rain.  
"Run from Rain". Era una de las últimas cosas que Brooke me había dicho, una de las últimas pistas que había desenterrado de los recovecos de su memoria. Diez mil años de mujeres muertas y una asesina sobrenatural, y todas estaban aterradas de "Rain", aunque nunca habíamos podido descubrir quién o qué era Rain. Una Marchita, asumíamos. Tal vez una de las últimas que quedaban.

Y entonces, tras meses de búsqueda, había encontrado otra pieza del rompecabezas.

Corrí afuera en busca de la mujer aturdida y sucia que había dicho las palabras, pero ya no estaba. ¿Una vagabunda, tal vez? Desequilibrada, casi con certeza. O tal vez fuera algo más siniestro; ¿sería una víctima de Rain de algún modo? Una persona que había sido esclava de un monstruo paranormal, o que había sido atacada y logró escapar, o tal vez solo alguien que había visto un ataque y había quedado perturbada por eso. Los

ataques de Marchitos podían ser cosas terribles, aniquiladoras para la mente, cosas que ponían de cabeza todo lo que uno pensaba saber acerca del mundo y el modo en que funcionaba.

O tal vez había sobrevivido a una clase diferente de ataque de Marchitos; no de Rain, sino de Nadie. Nadie asesinaba poseyendo a chicas jóvenes y usando sus cuerpos para cometer suicidio; Brooke lo había sobrevivido, pero como resultado había adquirido una innumerable horda de memorias de Marchito. Así fue cómo pudo recordar cosas como “Corre de Rain”. Y entonces, allí había otra chica con la misma memoria oscura y la misma mente quebrada y desorganizada y... En diez mil años, Brooke no podía ser la única persona en sobrevivir a un ataque de Nadie, ¿o sí? Tal vez esa chica perdida era otra.

Quienquiera que fuera, al menos una conexión parecía obvia: una Marchita llamada Rain, en una ciudad en donde alguien se había ahogado sin agua. No podía ser coincidencia. Tenía que quedarme en Lewisville y tenía que averiguar todo lo que pudiera acerca de ese asesino, empezando por el cuerpo de Kathy Schrenk.

Y la mejor manera era esperar.

Había una parada de autobús cercana, del lado azotado por el calor de esa carretera de asfalto agrietada, y yo me senté allí y esperé. Mi mochila con todas mis posesiones terrenales se encontraba en la estación de autobús en la que me había bañado al llegar al pueblo; guardarla me había costado un dólar, lo que probablemente significara que no podría cenar esa noche, pero era mejor que llevar toda esa cosa mu-grienta conmigo a la funeraria. Nada decía más “ignora y/o

sospecha de esta persona” que presentarse en un lugar limpio y cuidado con una vieja y sucia mochila llena de ropa. Eso te señala como un vagabundo, y yo necesitaba que esas personas confiaran en mí. Entonces más que nunca.

El velatorio había comenzado a las cuatro de la tarde y duraría hasta las seis. Luego del funeral, los funebreros irían al cementerio, saldrían con el coche fúnebre y estarían ocupados por unas cuantas horas más, al menos, pero luego de un velatorio simplemente llevaban el cajón de regreso al refrigerador y cerraban por esa noche. Esperé en la parada de autobuses, alejé con la mano a cada uno que pasaba mientras se acercaba a mi banco y observé cómo las personas entraban y salían de la casa funeraria, ofrecían sus respetos, compartían chismes, comían sus galletas secas y se alejaban. A las 06:10 p. m. los últimos visitantes salieron hacia sus autos (un hijo de sesenta años sostuvo la puerta para su madre de ochenta) y me levanté para regresar al lugar. El aire acondicionado fue como una tormenta polar después de tanto tiempo bajo el sol de Arizona, y me estremecí mientras me encontraba en la puerta en busca de los empleados. Harold estaba cerrando la puerta de la sala velatoria, sacó un tope del camino con su pie, luego levantó la vista y me miró.

—Me temo que el velatorio acaba de terminar... —luego se detuvo, entornó los ojos y me reconoció—. Has estado aquí más temprano. ¿Has olvidado algo?

—Me preguntaba si podría hablar con Margo —dije. Harold podría ser un hermano Ottessen, pero era claro quién tomaba las decisiones en la funeraria. Cerró la puerta y probó la manija, luego giró hacia mí.

–¿Por qué asunto?

–Me gustaría postularme para el trabajo.

–¿Trabajo?

–De maquillista –respondí y señalé a la puerta–. La anterior ha fallecido y ninguno de los otros sabe hacer el trabajo –me encogí de hombros–. Yo sí.

Harold me observó un momento, luego llevó su cabeza arriba y abajo, arriba y abajo, como un pollo.

–De acuerdo –asintió–. Supongo que eso es verdad. Aunque no podría contratarte yo mismo. Tendré que hablar con Margo.

Escondí el gesto de confusión que amenazó reflejarse en mi rostro: ¿por qué diría eso cuando había preguntado por Margo en primer lugar? Tal vez sintiera amargura por su pérdida de autoridad. Pero él no parecía amargado. Solo... perdido.

–Ven conmigo –anunció finalmente, y yo lo seguí por el corredor hasta una oficina.

Harold era alto y desgarbado, de un modo que sugería que debía haber sido delgado en su juventud, aunque en el presente su cuerpo estaba encorvado y caído, como si fuera vidrio viejo fluyendo lentamente hacia la parte baja de un panel. Abrió la puerta de la oficina sin tocar y yo esperé en el corredor mientras él entraba. Margo estaba sentada detrás de un amplio escritorio de madera cubierto de papeles, un monitor y un teclado; no era el elegante escritorio en el que tenía reuniones con las familias de los difuntos, sino el verdadero escritorio, en donde se hacía el trabajo real. Jasmyn estaba sentada frente a ella, con aspecto más que de abatida y no pude evitar preguntarme si estaría sufriendo un regaño por mi atrevida intervención del cuerpo en medio del velorio.

–Disculpa, Margo –dijo Harold–. Pero este chico está aquí para verte.

Ella no preguntó qué chico, simplemente miró más allá de Harold, al corredor, y me analizó, como un comprador en un museo. Los únicos funebreros que había conocido realmente eran mis padres, y ninguno de ellos había tenido nada parecido a la silenciosa autoridad de esa mujer. Mi madre había sido un manojo de nervios, siempre al límite de temer haber hecho demasiado o no haber hecho suficiente; mi padre había sido ruidoso y solitario, su confianza no la ganaba por su presencia, sino por su voz, en un interminable fluir de discursos y encanto. Margo no hablaba, ni se esforzaba, ni intentaba, ella simplemente era. Era fácil entender, simplemente al estar de pie en el corredor siendo analizado, por qué Harold había dejado la administración de su negocio con tanta facilidad.

–¿Por qué no nos dejan la habitación a Robert y a mí? –dijo finalmente y, sin discutir, Jasmyn y Harold salieron y yo entré–. Pasa y cierra esa puerta –ordenó, así que lo hice, y toda la situación se sintió tan servil que no pude evitar fastidiarme por eso. Analicé la habitación en un segundo, identifiqué la silla a la que le resultaría más incómodo mirar y me senté sin esperar invitación. En presencia de Margo, se sintió como un acto de desvergonzada rebeldía.

Ella me miró, silenciosa por un momento, luego giró su silla hacia mí y se echó atrás con pesadez.

–Has hecho un buen trabajo con Kathy –afirmó–. Ella era una buena amiga mía y te agradezco por eso.

–Por nada. Gracias por la oportunidad. Ha pasado un tiempo. Margo asintió.

–¿Un negocio familiar, me has dicho antes?

–Así es.

–Hay mucho de eso en esta industria –comentó y se adelantó para revolver algunos papeles sobre el escritorio–. Algo acerca de la naturaleza espiritual en esto. Si tu padre es un contador o un plomero puedes crecer y convertirte en otra cosa, pero cuando tu padre es un funebrero, te conviertes en un funebrero.

–¿Así fue cómo llegó aquí? –pregunté–. ¿Es una de las hermanas Ottessen?

–Una nuera Ottessen –respondió Margo–. Así que supongo que me casé con esto, pero se ha convertido en mi vida tanto como la de cualquier otro. Es por eso que aún sigo aquí, veinte años después de la muerte de Jonathan.

–¿Lo has embalsamado? –pregunté. No sé por qué lo pregunté, solo me salió. Algunas veces las conversaciones revelan mucho más acerca de uno mismo de lo esperado.

Margo dejó de mover papeles y levantó la vista.

–Nadie me autoriza a hacer nada –dijo ella–. Hago lo que me place –me analizó por un momento antes de mirar otra vez los papeles y deslizar series de formularios amarillos en una cuidadosa pila–. ¿A quién no has podido embalsamar? ¿A tu padre?

–A ninguno de ellos –respondí, aunque el tema me ponía incómodo. No me gustaba mucho hablar de mi familia, ya que la mayoría ya no estaba–. Aunque mi padre sigue con vida, hasta donde sé, así que supongo que aún hay esperanzas.

–La funeraria de un pueblo pequeño –comentó Margo. Deslizó la pila de papeles amarillos dentro de una carpeta

color café, luego sacó otra carpeta de una gaveta de atrás de su escritorio—. Embalsamas a todos tus amigos y a los abuelos de tus amigos. A personas que conoces. Y luego tus padres fallecen y no te queda nada, así que comienzas, qué, ¿a recorrer el mundo? ¿A recorrer caminos periféricos y campos?

Incliné mi cabeza a un lado mientras la miraba. ¿Cómo había adivinado tanto? ¿Y qué estaba pensando al respecto? ¿Estaba acusándome o descifrándome?

—Señora, me gustaría solicitar el trabajo.

Margo suspiró y repiqueteó los dedos sobre la carpeta en su escritorio.

—Lo sé. Y estoy intentando descifrar qué clase de joven se presentaría en una casa funeraria para el velatorio de alguien a quien no conoce y luego espera obtener un trabajo por eso.

Me quedé helado. ¿Cómo lo había adivinado con tanta facilidad?

—Te vi sentado en la parada de autobús, durante una hora y media —agregó, como si estuviera leyendo mi mente—, alejando a todos los autobuses que se detenían a recogerte —me entregó la carpeta—. Vi cómo lucías en esa sala velatoria, perdido y recién llegado a casa al mismo tiempo. Y supongo que puedes decir que vi cómo Jasmyn se presentó aquí el año pasado, igual de perdida y en busca de algún lugar donde quedarse y algo que hacer. Nunca tuve hijos propios, pero reconozco a un descarriado cuando lo veo.

Abrí la carpeta y encontré un formulario para solicitar el trabajo, con la inscripción *Casa Funeraria Hermanos Ottessen* impresa en letras negras en la parte superior. Analicé la página rápidamente y miré todos los espacios en blanco que



quería que llenara: nombre, lugar de nacimiento, número de seguridad social, dirección actual y número telefónico. Cerré la carpeta, pero no la regresé.

–No puedo darle la mayor parte de esta información.

–Los vagabundos rara vez pueden.

–Me... gustaría mucho tener el trabajo, sin embargo.

–Solo completa lo que puedas y llenaremos el resto con el paso del tiempo.

–Con el paso del tiempo –así que eso no era una solicitud de trabajo, parecía que estaba contratándome de una vez y que yo solo estaba dándole información para los registros. Volví a abrir la carpeta, tomé un bolígrafo de su escritorio y escribí *Robert* en la parte superior. Aún no había pensado en un apellido, así que dudé solo un momento antes de escribir el primero que se me ocurrió: *Jensen*. El apellido de Marci. Miré el formulario por un momento, luego se lo entregué a Margo.

Ella alzó las cejas sorprendida.

–¿Solo un nombre y eso es todo?

–Podemos completar lo demás con el paso del tiempo.

Me observó por un momento, luego se encogió de hombros y tomó la carpeta.

–Las cosas que hago por los descarriados. ¿Tienes dónde quedarte?

–No.

–Puedes utilizar la antigua habitación de Jasmyn; ella vivía en la habitación lateral hasta hace cinco o seis semanas, cuando consiguió su propio lugar. Para “reafirmar su independencia”. Espero que tú hagas lo mismo, tarde o temprano.

–Si usted me dice que lo haga, ¿cuán independiente puede ser en realidad?

Volvió a observarme, luego una lenta sonrisa apareció en su rostro.

–Creo que llegarás a agradarme, Robert. ¿Por casualidad eres bueno con los libros?

–¿Como... con la lectura?

–Como con las cuentas –respondió y señaló un libro contable en la esquina de su escritorio–. Contaduría. Nuestros libros están desorganizados y necesitamos que alguien los revise, que se asegure de que todo cierre.

–Definitivamente no soy el chico para eso.

–Está bien, supongo. Tengo un amigo que puede hacerlo. Aunque espero no tener que pagar su precio –suspiró–. Deja que busque a Harold y vea si podemos preparar tu habitación ahora –se levantó y yo señalé rápidamente la computadora a un lado de su escritorio.

–¿Le importa si la uso un minuto? Necesito buscar algo en línea.

–Nada de pornografía –advirtió–. La contraseña es el apellido de Norman.

Ella se quedó allí, mirándome, y me di cuenta de que la contraseña era una prueba final: si yo realmente era el hijo de un funebrero como decía, sabría exactamente de qué Norman estaba hablando y cuál era su apellido. Di la vuelta hacia el teclado, moví el ratón para encender la pantalla y escribí "Greenbaum". La canción "Spirit in the Sky", de Norman Greenbaum, era la más pedida en los funerales de los Estados Unidos, y la mayoría de los funebreros la conocían

de memoria. La pantalla de bloqueo desapareció, se abrió el escritorio y Margo sonrió. Luego volteó y salió por el corredor. Yo abrí el buscador.

Había leído originalmente acerca de la muerte misteriosa de Kathy Schrenk en un hilo de Reddit de noticias extrañas y quería ver si habían agregado más información. Resultó que Margo había bloqueado Reddit en su computadora, así que hice una búsqueda general de “Kathy Schrenk Lewisville” y obtuve algunos resultados. Algunos artículos nuevos, pero no nueva información. Busqué “Corre de Rain”, pero había buscado eso miles de veces y nunca encontraba nada útil. Busqué algunas cosas más que creí que podrían llevarme a más información acerca del ahogamiento, pero no resultó nada. Miré la computadora por un momento más antes de ingresar finalmente una nueva búsqueda:

“Brooke Watson”.

Los primeros dos resultados eran páginas de Facebook de mujeres que nunca había conocido, pero el último era un artículo periodístico acerca de que mi amiga y su familia se mudarían del condado de Clayton. A una ubicación no revelada, en custodia luego de su “secuestro”. No podía discutir el término realmente. Ella había insistido en ir conmigo luego de que los demás fueran asesinados y había gritado y llorado cuando finalmente la llevé de regreso, diciendo que no quería dejarme, pero... Bueno, no quiero decir que no estaba en condiciones de tomar sus propias decisiones, pero es difícil decir que lo estaba. El artículo decía que ingresaría a una nueva institución terapéutica y yo deseé que eso funcionara. Ella había pasado por mucho, y en mayor parte por mi culpa.

Estaba a punto de cerrar la página cuando una pequeña palabra azul al pie de página llamó mi atención: mi propio nombre, John Cleaver. Abrí el enlace y encontré una historia relacionada acerca de mi hermana, que me rogaba que regresara a casa. Incluso había un video, pero no lo miré; la transcripción fue suficiente. "Lauren Cleaver ha hecho un comunicado oficial el día de hoy pidiendo a su hermano John, un fugitivo buscado, que se entregue. «Por favor, John, te amamos. Te extrañamos. Estamos tan emocionados y agradecidos de que hayas traído a Brooke a casa pero, por favor, te queremos a ti de regreso también»". No leí el resto. Cerré la página, borré el historial de búsqueda y me levanté en el preciso momento en que Margo y Jasmyn regresaban a la habitación a toda prisa.

—Fuera del camino, Robert —dijo Margo, que apenas se detuvo antes de hacerme a un lado para llegar a su escritorio. Me moví a una esquina, fuera del camino, y Margo se sentó con pesadez mientras Jasmyn revisaba un archivador en la pared de atrás—. ¿Tienes esos formularios?

—Justo aquí —respondió Jasmyn. Pasó algunas carpetas más mientras Margo encendía ansiosamente la pantalla de la computadora.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Tendrás tu bautismo de fuego —dijo Margo, aunque ella y Jasmyn se estremecieron de inmediato—. Maldición, no quería decirlo así.

—Aquí —señaló Jasmyn mientras sacaba dos carpetas de colores diferentes del archivador—. Regular y cremación.

*Ajá.*

—¿Cremaremos a alguien?

–Si lo hacemos estaríamos completando algo que otro ya ha comenzado –afirmó Margo–. Recién recibí un llamado de Cecily, mi chica en la oficina del forense. Tienen un cuerpo quemado casi por completo; supongo que lo recibiremos el fin de semana –dejó la computadora y me miró–. Si la familia quiere el cajón abierto, ¿has hecho maquillaje sobre quemaduras de tercer grado antes?

–Una vez –respondí. En verdad, solo lo había visto, mientras mi mamá y Margaret trabajaban en un niño que había quedado atrapado en una casa en llamas. Pero había leído mucho acerca de eso y supuse que sabía suficiente al respecto para hacerlo. Todas las obsesiones tienen sus ventajas.

–No puedo comprenderlo –comentó Jasmyn–. Primero Kathy, y ahora esto.

Me acerqué más y miré sobre el hombro de Margo una noticia de último momento.

–¿Alguien que conocieras?

–No realmente –respondió Margo–. Luke Minaker. Un chico algo rebelde; conozco a la familia.

–Es una gran pena –Harold entró desde el corredor.

–No es por la persona –agregó Jasmyn–, es por el modo en que ocurrió. Kathy se ahogó sin que hubiera agua en ningún lugar cercano, y ahora este chico muere quemado sin que nada a su alrededor tuviera siquiera una marca de calor. Casi como si se hubiera quemado desde el interior.

Mi mandíbula cayó, pero creo que volví a cerrarla antes de que nadie lo notara. Margo me miró, luego regresó a la computadora.

–Combustión espontánea.

–Fue asesinato –afirmó Harold–. Obviamente alguien lo roció con gas y lo prendió fuego. Es del único modo en que podría haber pasado.

–La policía hará una autopsia –dije. Las fotografías en el sitio no mostraban mucho, pero la sensación general era decididamente grotesca.

–Espero que atrapen al hombre que lo hizo y que lo envíen directo al infierno –comentó Harold, él miraba sobre mi hombro, mientras yo miraba sobre el de Margo–. Merece incendiar su propio ser luego de algo como esto.

–Ni siquiera sabes si fue asesinato –intervino Jasmyn–. ¿Puede haber sido un accidente?

–¿Alguna vez has quemado a alguien hasta la muerte por accidente? –preguntó Harold.

–¿Estás queriendo decir que todas las muertes por incendio son maliciosas? Vamos, Harold, estás matándome. Broma intencionada.

Los dejé discutir y me hundí en mis propios pensamientos. La muerte de Schrenk era sospechosa, incluso antes de la críptica advertencia de la vagabunda, pero ¿otra muerte, tan similar y aun así tan mecánicamente diferente, en el mismo pueblo, en la misma semana? Tenían que estar conectadas. Las probabilidades eran ridículas, de otro modo. Ambas muertes eran inexplicables; ambas, elementales. ¿Rain podía quemar a las personas también? Tal vez no solo controlara el agua, ella controlaba... no lo sé, ¿el clima? ¿La temperatura? Pero eso no se alineaba con los demás Marchitos que había conocido; no eran X-Men, eran víctimas de un intercambio: renunciaban a algo y perdían su humanidad, pero en su lugar ganaban algo

más. Perdían su cuerpo, pero ganaban la habilidad de tomar los cuerpos de las personas. Perdían las emociones, pero ganaban la habilidad de sentir las de los demás. ¿A qué había renunciado alguien, en los albores de la civilización, para ganar el control sobre el agua y el fuego?

O...

¿Serían dos Marchitos diferentes?

Rack, el Rey de los Demonios, había estado reuniendo un ejército, en un intento de resistir nuestra campaña de genocidio. Cinco de ellos se habían reunido en Fort Bruce y las pérdidas habían sido catastróficas; las noticias aún hablaban sobre eso, casi un año después, aunque por supuesto que ignoraban la conexión sobrenatural. "Uno de los ataques terroristas más devastadores de la historia en suelo estadounidense". ¿Y si Rain estaba reuniendo su propio ejército? ¿Y si Lewisville estaba escondiendo a todo un grupo de Marchitos, listos para desplegar su venganza sobre los débiles y pequeños humanos que se atrevieran a pelear?

–Al infierno con todo –dije.

–Ahora tú estás haciéndolo también –comentó Jasmyn–. Estoy tan cansada de ustedes dos.

–¿Qué? –levanté la vista y vi a Jasmyn protestando y a Harold negando con la cabeza–. ¿Qué he hecho?

–Estuviste de acuerdo conmigo –explicó Harold–. Jazz odia que tenga razón.

–Odio cuando piensas que tienes razón –afirmó Jasmyn–. Que es una cantidad de veces estadísticamente improbable. No sabes quién hizo esto, o si alguien lo hizo siquiera. No puedes juzgar antes de conocer los hechos.

–Pienso que sabemos lo suficiente –intervine–. Si esto fue deliberado –y yo sabía que debía haberlo sido–, entonces quienquiera que lo haya hecho es malvado. Tiene que ser detenido.

–Hombre –dijo Jasmyn–, deja de pensar con tu permiso de portación de arma. No todos son malvados.

–Eso no significa que todos sean buenos.

–Obviamente, no. Pero sí significa que todos merecen ser salvados.

–Con eso estoy de acuerdo –afirmé y volví a mirar el artículo periodístico. Salvar personas era la única razón por la que yo estaba allí.

Pero, al parecer, tenía que salvarlas de un problema mucho mayor del que había notado.